

CAPITULO II.

RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL POR CORTES.—OCUPACION DE TACUBA.—
ESCARAMUZAS CON EL ENEMIGO.—EXPEDICION DE SANDOVAL.—LLEGADA
DE REFUERZOS.

1521.

Pasados tres ó cuatro dias, proporcionó el general español la oportunidad que tanto deseaban los tlascaltecas, y dió activa ocupacion á su belicoso ardor. Habia algun tiempo que meditaba organizar una expedicion con el objeto de hacer un reconocimiento de la capital y sus inmediaciones, y castigar de paso á ciertos lugares que le habian enviado mensajes insultantes, y eran sumamente activos en hostilizarle. Solo descubrió su proyecto á unos pocos de sus primeros capitanes por temor de los tezcucanos, de quienes sospechaba estuviesen en correspondencia con el enemigo; y al principio de la primavera dejó á Tezcucó á la cabeza de 350 españoles y todo el ejército aliado. Llevó consigo á Alvarado y á Olid, dejando encargado el mando de la guarnicion á Sandoval; pues la experiencia le habia enseñado cuán poco apto era el primero para tan delicado puesto, en el breve, pero desastroso mando que desempeñó en Méjico.

Todas sus precauciones no fueron bastantes para ocultar sus planes al vigilante enemigo, que acechaba todos sus movimientos, que parecia adivinaba sus pensamientos, y que estaba siempre dispuesto á impedir que los pusiera en ejecucion. Pocas leguas habia andado, cuando le salió al encuentro un cuerpo considerable de mejicanos, con el objeto de impedirle el paso. Trabóse una reñida pelea, en la que abandonaron el campo los indios y quedó libre el paso á los cristianos. Siguieron el camino rodeando hácia la parte del Norte, y su primer punto de ataque fué la ciudad de Xaltocan, situada en una isla al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado ahora de San Cristóbal. Toda la ciudad estaba rodeada de agua, y se comunicaba con el continente por medio de calzadas, lo mismo que la capital de Méjico. Poniéndose Cortés á la cabeza de su caballería, avanzó por la calzada principal hasta que le obligó á detenerse un ancho foso, por donde corrían las aguas con tal fuerza, que era intransitable no solo para la caballería, sino para la infantería. En el lago vogaban muchas canoas llenas de guerreros aztecas, que previendo los movimientos de los españoles habian venido á auxiliar la ciudad, y que comenzaron á hacer entonces una furiosa descarga de piedras y flechas sobre los cristianos, mientras que ellos estaban bastantemente protegidos de la mosquetería de estos, por los parapetos provisionales que al efecto habian levantado en sus canoas.

Las fuertes descargas de los mejicanos hicieron algun daño á los españoles y á sus aliados, y comenzaron á ponerse en algun desorden por estar apiñados en la estrecha calzada sin poder ir adelante. Dispuso Cortés la retirada, que fué seguida de una nueva descarga por parte de los indios, acompañada de sus feroces y amenazadores gritos. El de guerra del azteca, parecido al aullido del indio norte-americano, sonaba espantosamente, segun confiesa el mismo Cortés, en los oidos de los españoles (1); pero en este momento supo afortunadamente por un desertor de los aliados de Méjico, que habia un lugar por donde podia atravesar el ejército el somero lago y penetrar en la ciudad. Inmediatamente mandó que pasase la mayor parte de la infantería, colocándose él con el resto de la caballería en la entrada del paso para cubrir el ataque, é impedir que se hostilizara la retaguardia.

Los soldados, guiados por el desertor indio, vadearon el lago sin gran trabajo, aunque en algunos lugares les subia el agua hasta la cintura. Mientras pasaban, fueron sumamente molestados por el enemigo; pero luego que ganaron la tierra tomaron completa venganza de él, y pasaron á cuchillo á todos los que les hacian resistencia. La mayor parte del ejército y los moradores de la ciudad se escaparon en botes, y quedó ésta entregada al pillaje. Encontraron las tropas muchas mujeres á quienes se habia abandonado á su suerte, y éstas con una cantidad considerable de telas de algodón, oro y víveres, cayeron en manos de los vencedores, quienes despues de poner fuego á la ciudad volvieron triunfantes á reunirse con sus camaradas (2). Continuando Cortés su tortuoso camino se presentó delante de otras ciudades, que fueron abandonadas por sus habitantes antes de que él llegase (3). Era la principal de estas Azcapozalco, en otro tiempo capital de un estado independiente, y entonces el gran mercado de esclavos de los aztecas, donde llevaban á sus infortunados prisioneros para venderlos públicamente. Era tambien el lugar donde residian los joyeros, y donde se proporcionaron los españoles los plateros que fundieron los ricos tesoros que les dió Montezuma; pero solo encontraron allí corta cantidad de metales preciosos y objetos de poco valor, pues los habitantes habian tenido cuidado de llevarse consigo todo lo que pudieron. Respetaron los españoles los edificios de esta ciudad porque no encontraron resistencia.

(1) „De lejos comenzaron á gritar, como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oillos.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 209.

(2) Ibid., loc. cit.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 141.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.—Ixtlilxochitl, Venida de los esp. pp. 13 y 14.—Idem Hist. chich., MS., cap. 92.—Gomara, Crónica, cap. 125.

(3) Estas ciudades tenian los melodiosos nombres de Tenayocan, Quauhtitlan y Azcapozalco. He procurado constantemente en el texto evitar la repeticion innecesaria de los nombres mejicanos, que como ya habrá conocido el lector, no tienen ni aun la cualidad de ser cortos *a*.

a Estos nombres parecen á un escritor inglés que no sabe pronunciarlos tan poco melodiosos, como á un mejicano los nombres ingleses por el mismo motivo.

En la noche dormían las tropas al raso, guardando la mayor vigilancia por que todo el país estaba insurreccionado: ardian luminarias en todas las cumbres de los cerros; y de cuando en cuando se descubrían á alguna distancia gruesos pelotones de indios. Recorrian entonces los españoles la parte mas opulenta del Anáhuac. En los valles y en los montes estaban diseminadas ciudades y aldeas rodeadas de campos bien cultivados, que daban indicios de una considerable é industriosa poblacion. En el centro de este brillante círculo descollaba la metrópoli india con su vistosa diadema de pirámides y templos, llamando la atencion del soldado todo el tiempo que tardó en dar vuelta á las márgenes del lago. Cada palmo de tierra que pisaba el ejército le era tan conocido como las escenas de su infancia, aunque les despertaba recuerdos muy diversos, escritos en su memoria con caracteres de sangre. Levantábase á la derecha el cerro de Montezuma [a], en cuya cima estaba edificado el Teocalli, bajo cuyo techo encontraron abrigo los restos dispersos del ejército el dia siguiente al en que salieron de la capital: al frente estaba la ciudad hospitalaria de Tacuba, cuyas calles habian atravesado llenos de miedo y consternacion; y un poco mas adelante hácia al oriente se dilataba la funesta calzada.

Proponiase el general marchar directamente á Tacuba, y fijar allí por entonces sus cuarteles. Encontró una fuerza respetable acampada fuera de sus murallas y preparada á disputarle la entrada; pero sin esperar que avanzara cargó sobre ella con su pequeño cuerpo de caballería á galope tendido. Los arcabuces y ballestas abrian una ancha brecha en las extendidas filas del ejército mejicano, y la infantería armada de espadas y lanzas, y sostenida por los batallones aliados, siguió el ataque de la caballería con tal ímpetu que pronto dispersó al enemigo. Los españoles acostumbraban comenzar los combates con una carga de caballería; pero si la ciencia militar de los aztecas hubiera sido igual á su valor, podrian haber cambiado en favor suyo á lo menos algunas veces, el éxito de las batallas por medio de sus largas lanzas, porque con esta arma formidable, los montañeses suizos pocos años antes del periodo de esta historia derrotaron y vencieron completamente la famosa caballería de Carlos el Temerario, la mejor de su tiempo. Pero los bárbaros ignoraban la utilidad de esta arma para resistir á la caballería; y ademas la imponente vista del caballo y el ginetete ejercia sobre su imaginacion un poder misterioso, que acaso contribuia á desconcertarlos, tanto como la misma fuerza física de aquella arma. Hizo Cortés entrar á sus tropas sin otra resistencia á los suburbios de Tlacopan (ó Tacuba), donde él mismo pasó la noche; mas la mañana siguiente halló á los infatigables aztecas otra vez sobre las armas, ocupando las llanuras que están á la salida de la ciudad, y preparados á presentarle accion. Marchó á su encuentro, y despues de una lucha reñida, aunque no de mucha duracion, volvió á derrotarlos. Se refugiaron en la ciudad; pero fueron perseguidos por las calles á punta de lanza, y obligados á evacuar la plaza en union de los habitantes. Entregóse enton-

a El cerro de los Remedios.

ces la ciudad al saqueo, y los indios aliados no contentos con haber robado en las casas, cuanto podian llevar consigo, les pusieron fuego, y en breve tiempo un barrio, probablemente el mas pobre, y cuyos edificios estaban compuestos de materiales combustibles se convirtió en llamas. Cortés y sus tropas hicieron cuanto les fué posible para contener el incendio; pero los tlascaltecas eran hombres feroces, difíciles de gobernar, y cuando se exaltaban sus pasiones aun al mismo general le era imposible hacerse obedecer. Eran auxiliares terribles, y á causa de su insubordinacion lo eran tanto como amigos que como enemigos (4).

Dispuso Cortés permanecer allí algunos dias, en los cuales ocupó el antiguo palacio de los señores de Tlacopan, que era una larga fila de edificios de un solo piso, semejante á las mas de las residencias reales del país, y que ofrecia bastantes comodidades para el ejército español. En todo el tiempo que éste estuvo allí, no hubo un solo dia en que no tuviera uno ó mas encuentros con el enemigo, que casi siempre terminaban en su favor aunque con mas ó menos pérdida suya y de los aliados: uno de estos encuentros pudo haber tenido las mas fatales consecuencias.

En el calor del alcance se internó el general español en la gran calzada, la misma que otra vez habia sido tan aciaga á su ejército, y persiguió al fugitivo enemigo hasta llegar al otro lado del puente inmediato que habia sido reparado despues de la noche triste. Cuando ya habia avanzado hasta allí, volvieron los aztecas sobre él con la velocidad del relámpago, y entonces descubrió que á su espalda habia un gran número de tropas que habian venido nuevamente al campo, y que estaban preparadas de antemano para auxiliar á sus compatriotas. Al mismo tiempo surcaron las aguas como por encanto millares de canoas que en el calor de la refriega no habian visto los españoles. Halláronse, pues, espuestos á una verdadera granizada de armas arrojadas que dispararon de la calzada y del lago; pero ellos permanecian inmóviles en medio de la tempestad, hasta que Cortés, conociendo demasiado tarde su error, dió orden de emprender la retirada. Paso á paso, y con admirable serenidad retrocedieron sus tropas, haciendo frente al enemigo con extraordinario valor (5). Atacáronles los mejicanos dando sus acostumbrados gritos, cuyo eco resonaba en las riberas, é hiriendo á los españoles con sus largas picas y estacas en que estaban colocadas las espadas tomadas á los cristianos. Un caballero llamado Volante, que lle-

(4) Segun Cortés, incendiaron esta plaza en represalia de los daños que causaron sus habitantes á los españoles en su retirada. „Y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear, y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo, porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella juntamente con los de Temixtitan nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles.” Rel. terc., en Lorenzana, p. 210.

(5) „Luego mandó, que todos se retraxessen; y con el mejor concierto que pudo, y no bueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pie contra pie, como quien haze represas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 141.

vaba el estandarte de Cortés, fué herido por una de esas armas, y cayendo dentro del lago fué acometido por los de las canoas; pero era hombre de mucha fuerza muscular, y cuando el enemigo trataba de apoderarse de él, logró librarse de sus garras, y empuñando su estandarte y haciendo un esfuerzo desesperado llegó á la calzada. Al fin, despues de una reñida lucha en que varios de los españoles fueron heridos, y muchos de los aliados muertos, llegó la tropa á tierra firme, donde Cortés dió al cielo las mas sinceras gracias, por la que él consideraba como una milagrosa salvacion (6). Fué una leccion saludable, bien que casi no la necesitaba tan pronto despues de lo ocurrido en Iztapalapan para conocer la astuta táctica de su enemigo.

Habia sido uno de los objetos principales de Cortés en esta expedicion, lograr si era posible una entrevista con el emperador azteca, ó con alguno de los grandes señores de su corte, y probar si se encontraba algun medio conciliatorio para impedir el ocurrir á las armas. Presentósele ocasion de satisfacer su deseo un dia que se encontraron sus fuerzas con las del enemigo, mediando solo entre ambas un puente. Adelantándose Cortés á sus tropas, hizo entender por señas sus pacíficas intenciones, y que deseaba tener una conferencia con los aztecas. Respetaron estos la señal, y por medio de intérprete les preguntó si tenian algun gefe que quisiera venir á negociar con él. Respondiéronle los mejicanos con burla que cada uno de ellos era gefe, y que si tenia que hablar podia hacerlo públicamente delante de todos. Como el general no contestaba, le preguntaron por qué no hacia otra visita á la capital, y añadieron con orgullo: „tal vez Malinche no espera encontrar otro Montezuma tan obediente á sus mandatos como el último (7).” Algunos de ellos cumplieron á los tlascaltecas con el epíteto de cobardes, que nunca se habian atrevido á acercarse á la capital sino bajo la proteccion de los blancos. La animosidad de los dos pueblos no se limitaba á estas invectivas amargas, aunque inútiles, sino que la manifestaban en verdaderos carteles de desafio que dia por dia se enviaban los principales gefes, y que eran seguidos de combates en que uno ó mas campeones peleaban de cada parte, para vindicar el honor de sus respectivas naciones. Dábase un ancho campo á los guerreros que se conducian en estos combates con todo el pundonor con que lo hacia un europeo en los torneos, desplegando un valor digno de las dos razas mas valientes del Anáhuac, y una destreza en el manejo de las armas, que excitaba la admiracion de los españoles (8).

Habia permanecido Cortés seis dias en Tacuba, y nada tenia ya que le detuviese, pues estaba ya conseguido el objeto principal de la expedicion. Quedaban subyugadas varias de las ciudades que mas parte habian tomado en hostili-

(6) „Esta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios.” *Ibid.*, ubi supra.

(7) „Pensais, que hay agora otro Mutezuma, para que haga todo, lo que quisieredes?” *Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 211.*

(8) „Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente.” *Ibid.*, ubi supra.—
Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 20.

zarle; y revivido el nombre de las armas castellanas que tanto se habia menoscabado por los reveses sufridos en esta parte del valle. Habia tambien adquirido noticias sobre el estado que guardaba la capital, la que encontró mejor defendida de lo que se habia imaginado. Todos los estragos del año anterior estaban al parecer reparados, y no habia señales que dieran á conocer aun á la vista mas experimentada, que la destructora mano de la guerra habia assolado el pais. Las tropas aztecas que á millares ocupaban el valle parecian estar bien disciplinadas, mostraban un valor invencible, y se preparaban á resistir hasta lo último. Es verdad que habian sido derrotadas en todos los encuentros, y que en campo raso no podian contrarrestar á los españoles, cuyos movimientos de caballería jamas pudieron comprender, y cuyas armas de fuego fácilmente penetraban las cotas de algodón, principal defensa del guerrero indio; pero estando los mejicanos apoderados de las largas calles y angostas callejuelas de la capital, donde cada casa era una ciudadela, perdian los españoles como lo habia mostrado la experiencia, gran parte de su superioridad. Conoció el general que no era probable llevar al cabo un acomodamiento con el emperador mejicano, quien confiaba mucho en la suficiencia de sus preparativos; y se convenció tambien de la necesidad de hacer por su parte los suyos, y de apurar todos sus recursos para poder aventurarse á atacar con buenas esperanzas al leon en su guarida.

Volvieron los españoles por el mismo camino por donde habian venido, é interpretando los nativos su retirada como una fuga, los persiguieron diciendo bravatas y disparando sobre ellos gran número de flechas, que les hizo no poco daño. Ocurrió Cortés á una de sus estratagemas para librarse de este embarazo. Dividió su caballería en dos ó tres trozos pequeños, y la emboscó en los espesos matorrales que crecian en ambos lados del camino. Continuó el resto del ejército su marcha, y los indios, que no sospechaban la emboscada, lo siguieron, cuando improvisamente salió la caballería del lugar en que se ocultaba, puso en confusion las filas enemigas, y retrocediendo entónces la infantería comenzó un vivo ataque que completó la derrota de aquellos. Era una llanura extensa y completamente plana, en la que los mejicanos poseidos de un terror pánico se pusieron en fuga sin procurar hacer nueva resistencia, y entre tanto los persiguió la caballería por varias millas atropellando y lanceando á los fugitivos, á lo cual llama Cortés hermoso espectáculo (9). No sufrió ya el ejército ningun otro ataque.

Cuando entró á Tezcucó lo recibieron sus camaradas llenos de gozo, pues en los quince dias que duró su ausencia no habian tenido noticia de él. Luego que los tlascaltecas llegaron, solicitaron el permiso de volver á su patria á llevar el rico botín que habian ganado en la campaña: solicitud que no pudo rehusar Cortés, aunque no fuese muy de su gusto (10).

(9) „Y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas, como la palma, que fué muy hermosa cosa.” *Rel. terc.*, en Lorenzana, p. 221.

(10) Sobre los pormenores de esta expedicion, puede consultarse ademas de las cartas de Cortés, tantas veces citadas, á los autores siguientes: Oviedo, *Hist. de las Ind.*

Apenas llevaban las tropas de estar en Tezcuco dos ó tres días, cuando vino una embajada de Chalco solicitando de nuevo la protección de los españoles contra los mejicanos que los amenazaban por varios puntos; pero las tropas estaban tan fatigadas por las no interrumpidas vigilijs, marchas forzadas, combates y heridas, que quería Cortés darles un breve tiempo para descansar antes de volver á emprender otra nueva campaña. Contestó á los de Chalco mandando sus misivas á las ciudades aliadas, y pidiéndoles marcharan á auxiliar á la confederada. Ya se supondrá que los indios no podían comprender el contenido de los despachos; pero ellos con sus misteriosos caracteres servían de credencial al oficial que los llevaba, á fin de que se le considerase como intérprete de las órdenes del general.

Aunque estas fueron implícitamente obedecidas, creyéronse los chalqueños en peligro tan eminente, que pronto renovaron su petición de que vinieran en su auxilio los españoles. Ya no vaciló Cortés en acceder á ello, pues conocía bien la importancia de Chalco, no solo por lo que valía en sí, sino por su posición que dominaba uno de los caminos reales de Tlascala y Veracruz, con cuyos puntos estaría ya siempre espedita la comunicación. Sin perder, pues, mas tiempo, destacó una partida de trescientos infantes españoles y veinte ginetes á las órdenes de Sandoval, para que fuera en auxilio de aquella ciudad.

Este activo oficial, pronto se presentó en Chalco, y aumentado su ejército con los refuerzos de esta ciudad y los de las aliadas, dirigió sus primeras operaciones sobre Huastepéc, lugar de alguna importancia situado en las montañas unas cinco leguas ó mas al sur de Chalco, y al cual defendía una fuerte guarnición azteca, que espiaba el momento de bajar sobre Chalco. No muy lejos de la ciudad, encontraron los españoles al enemigo formado en batalla y preparado para recibirlos. El terreno era fragoso y lleno de malezas que estorbaban los movimientos de la caballería, la que por consiguiente luego se puso en desorden: por lo que viendo Sandoval que solo servía para embarazar sus operaciones, la mandó retirar despues de haber tenido alguna pérdida. En su lugar colocó á los arcabuceros y ballesteros que hicieron un fuego mortífero sobre las gruesas columnas indias; y el resto de la infantería armada de espada y lanza, atacó los flancos del enemigo que atemorizado con el choque, retrocedió desordenadamente sufriendo una gran mortandad, y dejó el campo á los españoles.

Determinaron los vencedores pasar allí la noche; pero mientras se ocupaban en preparar su cena, los levantó el grito de „á las armas, el enemigo está sobre nosotros;” y en un instante el ginete estuvo sobre su caballo, el infante con su mosquete ó su buena espada toledana, y se trabó el combate con mayor furor que antes. Habían recibido los mejicanos un refuerzo de la ciudad; mas su

MS., lib. 33, cap. 20.—Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 85.—Gomara, Crónica, cap. 125.—Ixtlilxochitl, Venida de los esp., pp. 13 y 14.—Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 141.

segunda tentativa no fué mas feliz que la primera; y los españoles victoriosos y persiguiendo á sus contrarios entraron y tomaron posesion de la ciudad que ya los habitantes habían abandonado (11).

Se alojó Sandoval en la casa del señor del lugar, la cual estaba rodeada de jardines que rivalizaban en magnificencia y aventajaban en extension á los de Iztapalapan. Dícese que tenían dos leguas de circunferencia: que había en ellos casas de recreo, y numerosos estanques donde se conservaban diversas clases de peces; y que estaban adornados de árboles, arbustos y plantas indígenas y exóticas, notables unas por su hermosura y fragancia, y otras por sus propiedades medicinales. Estaban dispuestas científicamente, y en todos los jardines se notaba una inteligencia en la agricultura, y un buen gusto que no sería fácil encontrar por aquella época en las naciones mas civilizadas de Europa (12). Tal es el testimonio no solo de los rudos conquistadores, sino de los hombres científicos que visitaron esos magníficos jardines en sus hermosos días de gloria (13).

Despues de permitir Sandoval á sus tropas que descansaran dos días, marchó sobre Yecapistla, que distaba cosa de cuatro leguas al Oriente. Era una ciudad, ó mas bien fortaleza, erigida sobre una roca escarpada casi inaccesible, y defendiala una guarnición azteca, la cual al intentar subir los españoles, hacía rodar sobre ellos grandes peñascos, que cayendo por los lados del precipicio esparcían la devastacion y la muerte. Los indios aliados retrocedieron llenos de espanto; pero Sandoval, indignado de que hubiese una empresa demasiado dificultosa para los españoles, mandó desmontar á la caballería, y jurando „que tomara la plaza ó moriria en el asalto,” marchó con sus soldados dando el mágico grito de „Santiago.” (14) Con redoblado brio siguieron las tropas á su valero-

(11) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 214 y 215.—Gomara Crónica, cap. 146.—Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 142.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 21.

(12) “La cual huerta,” “dice Cortés que despues pasó un día en ella,” es la mayor y mas hermosa y fresca, que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil rivera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos, y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas, y flores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza, y grandeza de toda esta huerta.” (Rel. terc., en Lorenzana, pp. 221 y 222.) Bernal Díaz hace iguales elogios de esta huerta. Hist. de la conquista, cap. 142.

(13) El célebre naturalista Hernandez habla mucho de este jardin, de donde sacó muchas de las plantas que describe en su grande obra. Tuvo la buena fortuna de que se conservara despues de la conquista, en cuyo tiempo se cuidaron particularmente sus plantas medicinales que servían para un grande hospital establecido en las inmediaciones. Clavijero. Historia del Messico, tom. II, pag. 153.

(14) “E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *Señor Santiago*, comenzaron á subir.” Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 214.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.

so gefe, no arredrándoles la lluvia de proyectiles y de enormes piedras, que al despeñarse derribaban á los soldados, y causaban en sus filas horrendo estrago. Sandoval, que el día anterior había quedado herido, recibió una fuerte contusion, y no pocos de sus bravos camaradas cayeron á su lado.

A pesar de todo, continuaron subiendo los españoles, asiéndose de los arbustos y peñas salientes, impulsados tanto por la energía de su espíritu, como por la robustez de sus miembros. Despues de increíbles trabajos llegaron á la cumbre, y se encontraron frente á frente de la asombrada guarnicion. Por un momento se detuvieron para cobrar aliento, y despues embistieron furiosamente al enemigo. Fué breve el combate, pero desesperado. La mayor parte de los aztecas fueron pasados á cuchillo: algunos fueron arrojados desde las murallas; y otros dejándose ir espontáneamente al precipicio, caian muertos á orillas de un riachuelo que corría en su base, y cuyas aguas quedaron tan teñidas de sangre, que por una hora no pudieron los vencedores saciar en ellas su sed (15).

Habiendo logrado Sandoval el objeto de su expedicion, con la toma de las plazas fuertes que tanto inquietaban á los chalqueños, volvió triunfante á Tezcuco. Entre tanto, el emperador azteca, cuya vigilante vista habia estado fija sobre todo lo que pasaba, creyó que la ausencia de tantos de los guerreros de Chalco, proporcionaba una ocasion favorable para recobrar esta plaza, y al efecto mandó un gran número de botes á cuyo bordo iba una fuerza considerable, á las órdenes de algunos de sus primeros generales (16). Por fortuna, los chalqueños ausentes llegaron á la ciudad antes que el enemigo; pero aunque auxiliados por los indios aliados, se alarmaron tanto con la magnitud del bélico aparato de los aztecas, que volvieron á implorar la ayuda de los españoles.

Llegaron los mensajeros á Tezcuco al mismo tiempo que Sandoval y su ejército; de manera que no sabia Cortés qué pensar de tan contradictorias noticias. Sospechó que su teniente hubiera sido algo negligente, y disgustado de que hubiese vuelto tan pronto dejando las cosas en un estado tan precario, le ordenó que contramarchara con las tropas que estuvieran en estado de batirse. Sandoval se resintió profundamente de este proceder; pero no trató de disculparse, y obedeciendo sin replicar á su comandante, se puso á la cabeza de sus tropas y contramarchó violentamente para la ciudad india (17).

(15) Así lo dice el conquistador. (Rel. terc., en Lorenzana, p. 215.) Díaz que á nadie permite que exagere sino á él mismo, dice: "Tanto tiempo cuanto se necesita para rezar una Ave María." (Hist. de la conquista, cap. 142.) Ninguno de los dos estuvo presente.

(16) El valiente capitán Díaz, que afecta una sobriedad en sus cálculos que muchas veces le hace apocar los del capellan Gomara, dice que las fuerzas aztecas se componian de veinte mil indios que iban en dos mil canoas. Ibid., loc. cit.

(17) "El Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido, recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion, ni le oír, le mandó volver." Ibid., ubi supra.

Antes de que llegase á ella, se trabó una batalla entre los mejicanos y los aliados, en la que, alentados estos con sus recientes triunfos, quedaron victoriosos é hicieron prisioneros á muchos nobles aztecas, que fueron entregados á Sandoval para que los llevara á Tezcuco. Cuando llegó el hidalgo á esta capital, ofendido del indigno trato que habia recibido, se retiró á su alojamiento sin presentarse al general.

Mientras estuvo ausente, se convenció Cortés de la ligereza é injusticia con que habia procedido contra su teniente. No habia en el ejército persona cuyos servicios apreciara mas, como lo probaba el haberle conferido las comisiones mas delicadas y de mayor responsabilidad, y no hubo uno á quien guardase mayores consideraciones. Por lo mismo, luego que llegó le mandó llamar, y con la franqueza propia de un soldado le hizo una explicacion que satisfizo al resentido oficial, lo que no fué muy difícil de conseguir, pues era generoso, muy adicto á su capitán, y estaba muy empeñado en la empresa, para que guardara el mas leve resentimiento (18).

Mientras esto sucedia, la obra del canal se llevaba adelante con increíble actividad, y solo faltaban quince días para que estuviesen concluidos los bergantines. Necesitábase de la mayor vigilancia para impedir que los destruyera el enemigo, quien habia hecho tres tentativas ineficaces para quemarlos cuando aun estaban en el astillero. Las precauciones que Cortés creyó necesario tomar contra los tezcucanos mismos, no dejaban de aumentar las dificultades de su situacion.

Por este tiempo recibió embajadas de varias provincias, situadas algunas de ellas en las lejanas costas del seno mejicano, que le prometian someterse y le pedian proteccion. En parte era deudor de esto á los buenos oficios de Ixtlixochitl, quien por muerte de su hermano habia reunido toda la soberanía de Tezcuco, cuya importante posicion aumentó su influjo y autoridad en el pais, de lo que se aprovechó para someter á los indios al dominio español (19).

Tambien tuvo el general la placentera noticia de que habian arribado tres buques á la Villa Rica, que traian á bordo doscientos hombres, bien provistos de armas y municiones, y setenta ú ochenta caballos. Era un oportuno refuerzo que no se sabe de qué punto vino, aunque probablemente seria de la Española. Recordará el lector que Cortés mandó pedir auxilio á esta isla, cuyas autoridades que tenian á su cargo el gobierno de las colonias, se habian manifestado

(18) Ademas de las autoridades ya citadas, véase en cuanto á la expedicion de Sandoval, á Gomara, Crónica, cap. 126.—Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 86.

(19) "Ixtlixochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reyno de Tezcuco, sino aun los de las provincias remotas, rogándoles, que todos se procurasen dar de paz al capitán Cortés, y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz que luego al punto los recibiria en su amistad." Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.

mas de una vez á su favor, probablemente porque le consideraban bajo todos aspectos mas á propósito que ningun otro para llevar al cabo la conquista del pais (20). Las nuevas tropas pronto se pusieron en camino para Tezcuco, pues la comunicacion con el puerto estaba ya libre y expedita. Entre ellas venian algunas personas de distincion, y una de ellas era Julian de Alderete, tesorero real que trajo el encargo de cuidar de los intereses de la corona.

Venia tambien un religioso dominico que traia gran número de bulas pontificias, en las que se ofrecian indulgencias á los que tomasen parte en la guerra contra los infieles. No fueron omisos los soldados en proveerse de las gracias de la Iglesia, y el digno religioso despues de hacer un tráfico lucrativo con sus mercaderias espirituales, tuvo la satisfaccion de volver á su patria al cabo de algunos meses, cargado con los tesoros de las Indias mas positivos que aquellas (21). *a*

(20) Cortés dice que estos buques vinieron á un mismo tiempo; pero no expresa de qué parte. (Rel. terc., en Lorenzana, p. 216.) Bernal Diaz que solo habla de una nave, asegura haber venido de Castilla. (Hist. de la conquista, cap. 143.) Pero el soldado viejo escribió mucho tiempo despues de haber tenido lugar los acontecimientos que refiere, y puede haber confundido el verdadero órden de ellos. No parece probable que tan importante refuerzo hubiera venido de Castilla, cuando Cortés no habia recibido del rey ninguna proteccion, ni aun la aprobacion de lo que habia hecho, para que en vista de ello hubiesen tenido los aventureros de la madre patria algun aliciente para alistarse bajo las banderas del conquistador.

(21) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 143.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 6.

a Recuerde el lector que el autor pertenece, á la religion protestante, segun cuyo espíritu habla aquí de las indulgencias.

CAPITULO III.

SEGUNDO RECONOCIMIENTO.—COMBATES EN LA SIERRA.—TOMA DE CUERNAVACA.—BATALLAS DE XOCHIMILCO.—SALVASE CORTES CON GRAN DIFICULTAD.—ENTRA EN TACUBA.

1521.

La tranquilidad que disfrutaba la ciudad de Chalco era tan precaria, que envió á Tezcuco nuevos mensajeros con mapas geroglíficos, en que estaban pintadas varias plazas fuertes inmediatas ocupadas por los Aztecas, de las cuales temian ser hostilizados. Resolvió entonces Cortés encargarse él mismo de la empresa, y hacer una excursión tal, que si era posible, dejara á Chalco en completa seguridad. No solo se proponia este objeto, sino el de rodear enteramente los lagos antes de volver, y reconocer el pais situado en su parte meridional, así como lo habia hecho ántes con el de la occidental; en el tránsito queria tambien atacar algunas de las plazas fuertes que podian auxiliar á Méjico cuando la sitiase. Dos ó tres semanas faltarian para que estuviesen concluidos los bergantines, y si no resultaba otro bien de la expedición, daria al menos ocupacion activa á las tropas, cuyo turbulento espíritu podia disgustarse con la monótona vida de un campamento.

Escogió para la expedición treinta caballos y trescientos infantes españoles con un número considerable de guerreros tlascaltecas y tezcucanos: el resto de la guarnición quedó al mando del intrépido Sandoval, quien con el señor de Tezcuco habia de cuidar de la construcción de los bergantines, y defenderlos de los ataques de los aztecas.

El cinco de abril emprendió su marcha, y el dia siguiente llegó á Chalco, donde se le unieron varios gefes aliados. Por medio de sus dos fieles intérpretes, Doña Marina y Aguilar, les explicó el objeto de aquella expedición: les manifestó su proyecto de estrechar el sitio de Méjico, y les pidió cooperasen á ello con todas las fuerzas de que pudieran disponer. Fácilmente accedieron á esto; y pronto recibió Cortés pruebas suficientes de su benévola disposición, por los refuerzos que se le unieron en su marcha, y que segun uno del ejército, eran mas numerosos que cuantos habia tenido hasta entónces (1).

Dirigiéndose las tropas hácia el Sur despues de dejar á Chalco, se encontraron en la sierra que rodea el valle, y que con sus escarpados picos le sirve como de muralla, al mismo tiempo que ciñe entre sus diversos brazos, fértiles y bien

(1) "Vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, despues que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como ahora fueron en nuestra compañía." Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 144.